

# YA NO PUEDO OÍR TU VOZ

Javier Pellicer



Relato ambientado en la canción de Shuarma “Virgen de Guadalupe”  
y originalmente publicado en la antología **“Su universo a través de”** (DH Ediciones)  
*Ilustración de portada de **Fany Carmona***

El vaso de aguardiente golpea fuerte sobre la mesa, mucho más en mi cabeza. Como si importara. Mis ojos, rojos de llanto, siguen reviviendo la desgracia que hace justo una semana me hundió en la oscura soledad.

Hablo al cielo, exijo. «¡Devuélveme lo que más quiero!». Nadie responde. Manos frías. Pies helados. Corazón desmembrado.

Ya no puedo oír tu voz.

Unas últimas palabras serían adecuadas, antes de hundirme en el Infierno; un testamento a mi mezquindad, a mi odioso pecado. Por instinto, mi mano toma la medallita que pende de mi cuello, dolorosa penitencia: la Virgen de Guadalupe. Reverenciada santa, odiada santa. Bendita y maldita seas. Tú me lo diste todo. Tú me lo arrebataste todo.

Pluma y tinta. Papel. Empiezo a escribir.

Virgen... Virgen eras cuando nos conocimos.

Mis pasos perdidos me condujeron al sur, mientras mi alma escapaba de las desagradables consecuencias de una guerra sin sentido. Buscaba paz y belleza que plasmar con mis pinceles, pero no la encontré hasta toparme con los desfiladeros de los montes bajos, los olivares y la tierra seca; el coraje de los riachuelos, que luchaban contra la solana, me encandiló. ¡Tórridas cañadas, qué pronto me ganasteis!

Llegué a tu pueblo un domingo, atraído desde la lejanía por el repiquetear de las campanas de la misa. Para cuando me adentré en las serenas calles, estrechas como varas de romería, ya todos habíais vuelto de la iglesia. Me dejé rodear por las casas solariegas de fachadas encaladas y por vuestras miradas. Gente curiosa, cuyos ojos brillaron al reparar en el forastero larguirucho que levantaba el polvo de vuestras vías. Los niños dejaron de jugar al *colache*<sup>1</sup> y comenzaron a revolotear a mi alrededor, absortos por mis ropajes de caminante; prendas muy distintas de la burda estopa con la que vestíais, pero sin llegar a la excelencia de las ropas de señorito rico. Ansias de nuevas caras teníais, pero caras amables y que no trajeran ruina escondida bajo una u otra bandera.

«¿Dónde puedo encontrar hospedaje?», pregunté al grupo de ancianos sentado en un banco, junto a una fuente. Mis pies, que cargaban con la fatiga de muchos días sin pausa, deseaban sosiego; mis labios, un poco de agua fresca. «Allá enfrente, en casa la Milagritos»; su mano, arrugada y temblorosa, señaló una pequeña finca. Tenía una gran balconada y varios ventanales adornados con macetas de geranios. Una escalera, que escondía sus peldaños al fisgoneo de quienes observaban desde la plazoleta gracias a un tabique, subía hasta una segunda planta.

Y fue al acercarme a la puerta del piso inferior cuando te vi por primera vez. ¡Preciado momento! Mordías un higo chumbo mientras, sentada en la escalera de piedra encalada, disfrutabas del tórrido verano. Tu piel de azúcar moreno brillaba, perlada de sudor. Tus ojos negros, coquetos a la vez que candorosos, miraron con aire curioso a este ingenuo y pobre viajero del norte. Inocente, aprovechaste el jugo dulce que había quedado atrapado en los labios de tu boca firme. Tu melena, que era más noche que realidad, descendía salvaje entre tu espalda y la pared. Escondías los bajos de la falda larga entre tus piernas abiertas, a la vez que, provocador, el tirante de tu blusa se alojaba

---

<sup>1</sup> Similar al popular juego que se conoce en España con muy distintos nombres, según la región: rayuela, tejo, sambori... Se juega sobre una figura de seis cuadrados en dos filas, coronadas por un semicírculo al que debe llevarse el tejo con el pie.

por debajo del hombro desnudo. De tu cuello de cisne pendía ligera una medallita. Desangrado de vida me dejaste, rebosante de anhelo.

Como el infeliz que cae por un barranco, así me enamoré de ti.

—¿Gusta *usté*? —me dijiste, ofreciéndome la tentadora fruta de granos oscuros con naturalidad arrebatadora.

«Cualquier cosa que hayan acariciado tus labios sería de mi agrado», habría respondido yo, si mi corazón desbocado hubiese respetado mi voluntad. Pero no pude más que quedarme paralizado, embobado como el minero que encuentra una inesperada veta de oro.

Mi embelesamiento duró hasta que apareció un hombre enjuto, con facciones gastadas como era común en la gente de campo. Su sonrisa, sin embargo, era amable.

—Buenos días le dé Dios, señor mío. ¿En qué puedo servirlo?

Carraspeé para recuperarme del apuro. No fue tarea fácil apartar la mirada de ti.

—Un plato que solace mi estómago, una cama en la que dormir y un techo bajo el que guarecerme, si fuera posible. Tengo dinero para pagarle.

—¡Faltaría más! Pase *usté* conmigo, si no le importa. Y no se preocupe por las perras, que *d'eso* siempre hay tiempo *p'hablar* —dijo; pero como era hombre de lengua inquieta, continuó con su plática—. Espero que mi hija no le haya *incomodao*. Aunque ya tiene cuerpo de mujer, aún se comporta como una niña. Azucena es su nombre.

Azucena... Azucena... Aún sigo pronunciando cada sílaba una y otra vez, aún sigo clamándote con el corazón. No podía existir nombre más apropiado para tanta belleza y sencillez. Lirio níveo, símbolo de pureza; rostro de niña, labios de perdición; aroma sureño, sabor a delirio; hermosa como lo que se ha perdido y se ansía encontrar. Azucena, flor... Azucena, niña... Azucena, mujer... El nombre de la perfección.

Una vez más, tu padre me rescató de tu hechizo embriagador.

—Por cierto, yo soy Antonio. «El Vocimbrero» me llaman, pues no paro con la lengua quieta.

—Un placer, señor Antonio. Mi nombre es Joan Manuel.

—¡Hombre, un catalán! —y entonces se acercó mucho a mí para susurrarme al oído—. Yo que *usté* me pondría la venda antes de que me aporrearán<sup>2</sup>. No es que yo tenga *ná* contra los catalanes, pues todos somos hijos de Nuestro Señor, pero algunas personas en el pueblo no aprecian mucho a quienes apoyaron a los rojos. Mejor si no airea su procedencia.

Le hubiera dicho que no tenía por qué preocuparse. Sin duda, era más odiado en mi tierra que en cualquier otra. Mi progenitor, aunque catalán, pronto se puso del lado del bando más fuerte: un traidor a ojos de los suyos, incluso de su hijo, pero un traidor que había conservado sus dineros y su posición social. No obstante, la boca parlanchina de tu padre no me dio oportunidad de replicar.

—¿Qué tal si le llamamos Juanito? —volvió la cabeza hacia ti—. ¡Ea! Hija, deja de holgazanear y prepara un poco de gazpacho frío *pal* señor, que seguro traerá hambre y sed. ¡Con la solana que cae!

Tú diste un saltito y te colaste entre nosotros, como una gata etérea. Pero tu brazo rozó el mío durante un suspiro, a la vez que me regalabas una fugaz sonrisa. Me sonrojé como un niño chico, mientras un escalofrío ponía mi vello en punta.

Tu padre me acompañó al comedor de vuestra casa. Yo, que había conocido el lujo durante toda mi vida, sentí no obstante un bálsamo de satisfacción al contemplar el pobre salón. Hacía fresco en comparación con el exterior, y olía al pienso de las gallinas del cobertizo trasero. De algún modo, me pareció que todo estaba bien.

---

<sup>2</sup> Dicho popular. Significa tomar precauciones.

—Siéntese, por favor. Le serviré una sangría. No nos sobra *ná*, pero *pa* un huésped tan ilustre *tó* es poco.

Quise replicar que me conformaba con un vaso de agua, pero antes de que lo hiciera ya tenía la sangría delante. Y mi sed era tanta que no tuve fuerzas para negarme.

—Esta casa fue del abuelo de mi esposa, que la consiguió gracias a un golpe de fortuna. ¡Imagínese que encontró una pizquita de plata en el río! Poca cosa, no crea, pues los romanos se la llevaron toda en tiempos de Matusalén —sonrió—. Pero le dio *p'alzar* esta casa. Llegó a nuestras manos de rebote, porque tal y como están las cosas hoy en día, a duras penas tenemos *pa* comer, menos *pa* construir estas paredes. Y como nos sobraba una habitación, la pusimos de *alquile*<sup>3</sup>. Aunque *pa* la gente que viene...

No tenía que explicarme la miseria en la que estaba sumido el país. Si la guerra había acabado con familias enteras, el día siguiente no estaba siendo mejor, a pesar de las proclamas del nuevo gobierno. Muchos campos habían quedado arrasados, escaseaba la comida y había que pagar el cupo a la Fiscalía, que no mostraba remordimiento alguno. La escasez trajo consigo el racionamiento, y con él llegaron las trampas: los hombres trabajaban de más por la noche y escondían lo conseguido en el monte, para tener algo que llevarse a la boca. En Barcelona había visto a mujeres decentes entregando su cuerpo por un miserable chusco de pan para sus hijos. Mientras tanto, los estraperlistas<sup>4</sup> hacían dinero a costa de la necesidad de otros. Ya lo decía el refrán: «Cuando Negrín, billetes de mil; con Franco, ni cerillas en los estancos». En ese aspecto los pueblos contaban con la ventaja de tener acceso al campo, que siempre podía aportar una algarroba o un conejo.

Para colmo, y como ocurría en todas las guerras, los vencedores se aprovechaban de quienes habían apoyado a los perdedores: se apoderaban del fruto de su trabajo, abusaban de las muchachas, o daban cuenta de antiguos rencores que nada tenían que ver con la contienda. Insultos y apaleamientos eran comunes en muchos pueblos, así como las denuncias que, veraces o no, casi siempre acababan en ajusticiamiento a muerte. Por fortuna, tu pueblo, aunque pobre de solemnidad, parecía apartado de tanta violencia y escarnio.

Una mujer vestida de negro y con el pelo recogido en un moño llegó desde el cobertizo. Aunque de cierta edad, tenía tus ojos negros. Quizás en un ayer no muy lejano también había compartido tu hermosura.

—Esta es Milagros, mi señora —tu madre asintió religiosamente, pero no dijo nada—. Perdona *usté* si no le saluda, pues es muda y sorda. Si tiene que hablarle, muéstrele el rostro *pa* que pueda leer sus palabras.

Tu padre me comentó muchas cosas, mientras tú y tu madre preparabais aquella sopa fría de excelencias. Mis ojos no dejaban de desviarse hacia ti, y pronto ensanchaste mi alborozo al comenzar a tatarear una tonadilla campesina con voz de ruiseñor.

Una mora fue a lavar  
los pañales de un morito,  
y estándolos restregando  
se apareció un señorito.

«Apártate, mora bella,  
apártate, mora linda;  
Deja beber a mi caballo  
en esta agua cristalina»

---

<sup>3</sup> De alquiler.

<sup>4</sup> Contrabandistas en el mercado negro.

«No soy mora, caballero,  
que soy cristiana cautiva.  
Me cautivaron los moros  
al día de Pascua florida».<sup>5</sup>

El corazón no me latía; o tal vez lo hacía tan fuerte que se confundía con tu canto delicioso. ¡En mi vida escuché cantaora más graciosa!

—¿Verdad que entona como los ángeles benditos? —me dijo tu padre, orgulloso de mi atención hacia ti; nos brindaste una nueva sonrisa, arrancando otro suspiro en mi pecho—. Es *tó* inocencia, esta chiquilla. ¡Gran fortuna aquél que se la lleve!

¡*Yo quisiera ser ese!*, pensé, pero ni se me ocurrió revelar los deseos de mi corazón. ¿Cómo podía pretender, recién llegado y tan agasajado de atenciones, arrebatárles aquel tesoro tan hermoso? ¡Si ni siquiera me veía digno ante su presencia!

Milagros puso frente a mí un rebotante plato de gazpacho, quizás demasiado aguado debido a las restricciones de víveres. Pero estaba sabroso. Mi hambre era tanta como lo había sido mi sed, así que di buena cuenta del manjar. Rebajó el ardor del verano, pero no la pasión que estallaba en mí al contemplarte.

—¿Y qué se le ha *perdío* a *usté* por estos andurriales? Si no le importa mi atrevimiento —preguntó tu padre.

—Busco lugares hermosos y gente interesante a la que pintar —dije, con palabras entrecortadas; tú me observabas recostada sobre los fogones, con un dedo entre los labios.

No le dije que aquél era sólo uno de los motivos de mi viaje, como no se lo había dicho a mi progenitor. Además de inspiración, necesitaba alejarme del viciado entorno de Barcelona. Mi corazón ya no comulgaba con un padre capaz de renunciar a su identidad. No podía estar a su lado sin mirarlo con asco, así que me marché en busca de no sabía muy bien qué.

Al contemplarte, dulce Azucena, advertí que había encontrado lo que jamás imaginé que ansiaba.

—¡Un artista! —exclamó tu padre, alborozado—. ¡*Honrao* me siento de que acepte mi casa!

Pequeña era la habitación que me asignaron, comparada con lo que estaba acostumbrado, pero más cálida que ninguna otra. El mobiliario era escaso y humilde: una cama con colchón de bálago cubierta por una manta vieja, que guardaría para noches más frías; un espejito de bordes gastados enseñoreaba la palangana, y una percha medio apollada serviría para sujetar mis pocas ropas. Más sorpresa aún cuando Antonio no quiso aceptar sino una exigua paga por el alquiler, que a duras penas cubría la comida que me ofrecían. ¡Grande vuestra pobreza de bolsillo, pero mayor la riqueza de vuestros corazones!

Me convertí en la atracción del poblado. «El Pintor», me llamaban. Incluso el alcalde quiso darme la bienvenida a los dos días de mi llegada. Trataba de aparentar ser un hombre de postín, pero sus ademanes seguían siendo los del labriego; la herencia de las generaciones pasadas no era tan sencilla de erradicar. Tras la guerra había ganado en

---

<sup>5</sup> Extracto de un romance popular llamado «La cristiana cautiva», que tiene muchas versiones por toda España. Esta es la versión cordobesa que sólo recuerdan personas de avanzada edad. Fuente: «*Romances y canciones populares cordobesas y jienenses*», Pedraza Jiménez y Jiménez Luque.

propiedad muchos bancales de olivos, como recompensa por sus favores al bando nacional. Era «hombre de perras», como llamaban por la región a quienes tenían dinero y eran favorecidos por el Régimen. Antonio ya me había advertido en privado.

—*Cuidao* con Mariano, el señor alcalde. Habla como un *abogaílo*<sup>6</sup>, es zalamero y no le gusta perder. Se cree el dueño del pueblo porque los nacionales lo pusieron ahí. ¡No imagina a cuántos vecinos denunció! Yo tuve suerte porque mi suegro tenía relación con un comandante nacional al que llevaba aceite *pa* su familia. Eso nos salvó —me confesó, en voz tan bajita que apenas pude escucharle.

Comprendía bien el asco que Antonio le dedicaba a su alcalde. Me hastió apenas lo conocí, pues me recordó a mi padre. Una mancha en un paraíso de humildad.

—Su hijo es un *adelantao*<sup>7</sup>. ¡Y *pa* qué hablar de su esposa, Valentina! Que sí, que se mantiene *mu* bonita *pa* su edad gracias a esos potingues *pa* la cara, pero es una lagarta. Como su esposo quedó manso, ahora busca la compañía de los mozos del pueblo a cambio de regalos. Y aunque no creo mucho en rumores, algunos dicen que ha *llegao* a aliviarse con los borricos, a falta de otra cosa.

Se organizó una fiesta en mi honor esa misma noche, para rubor de mis mejillas. Medio pueblo se asomó, entre ellos el alcalde y su señora, que pronto puso los ojos sobre mí. Debo reconocer que era muy atractiva, a pesar de que debía estar a punto de alcanzar los cuarenta. Sin embargo, el vestir distinguido le daba un aspecto artificial, muy alejado de tu bella naturalidad.

Dejé de prestarle atención y me centré en la jarana. Todos batían palmas al son de los tocaores y la cantaora, cuya voz estaba cargada con el arte sureño de todas las generaciones que la habían precedido. Varias mozas quisieron sacarme a bailar, pero rotundo me opuse, en parte por reparo, pero sobre todo porque sólo con una me habría atrevido.

Pero eras de espíritu libre. Saltaste sin pedir pareja, cual chispa que se convierte en relámpago, aunque de inmediato te situaste frente a mí. A mí me bailabas, a mí y a nadie más. Te contoneabas furibunda como las llamas, al son de la guitarra temeraria; los brazos a media altura, a veces retorciéndose en alto como culebras, a veces jugueteando con la mantilla y la falda; el rostro alto y atrevido, pero no soberbio, jamás soberbio: pasión del sur, ardiente pero a la vez inocente. Lograste arrancarme palmas flamencas que jamás mis manos habían conocido. ¡Qué pasión en tu taconeó! ¡Qué golpes de cadera!

Terminaste y nadie osó lanzar un simple gemido de admiración, aunque todos teníamos el alma estremecida. Un instante después, estallaron los vítores y aplausos entre todos los presentes. Yo, sin embargo, no acerté a reaccionar.

Acalorado, con el corazón ebrio y la mente obnubilada, busqué el fresco de la calle para recuperar la compostura. Alguien interrumpió el reposo de mi espíritu, pero por desgracia no eras tú.

—Imposible resistir el fuego de la Azucena, ¿verdad? —dijo un hombre muy joven.

Ya había reparado en él antes, pues destacaba por su porte. Vestía un traje blanco, de exquisita tela y cara botonadura; portaba el pelo echado para atrás, como los adinerados, y gafas finas, pero su prominente mandíbula afeaba mucho su aspecto pulcro.

—No me he presentado a usted. Soy Eduardo, el hijo del Alcalde.

---

<sup>6</sup> Persona que interviene en cualquier tipo de debate con palabrería y suficiencia.

<sup>7</sup> Que actúa de modo atrevido sin respetar a nadie.

—Encantado —mentí, recordando el aviso de Antonio.

—Como le decía, la Azucena es cosa ardiente. Pero no se deje atrapar mucho, no deseo que sufra un desengaño. Cuando termine mis estudios universitarios en la capital la tomaré para mí —aseguró, con tono prepotente, ganándose mi inquina eterna—. Por supuesto, sólo como criada, pues alguien de mi posición merece una esposa de reputación refinada. Pero calentará bien mi cama. De momento prefiero dejar que maceren sus formas.

Lo miré con gesto asqueado y el ceño fruncido. ¿Cómo osaba hablar así de ti, ángel de ensueño? ¡Viles eran sus palabras, pues rebajaban la misma esencia de la pureza! Fue peor que un insulto hacia mi persona, y con gusto le hubiera dado su merecido. Pero ¡ay! Allí yo era un simple forastero de manos atadas. La boca, sin embargo, no se me quedó quieta.

—Demasiada virtud ostenta ella para ser entregada a alguien de alma tan pobre —y me marché, dejándole con la palabra en los labios y el rencor en el corazón.

Me había ganado mi primer enemigo.

Una semana, luego otra; el verano marchó, nos alcanzó el otoño. Tiempo de lluvias y frío, de la matanza, pronto de la recogida de aceituna.

Y tras un invierno de garras heladas, otra vez el sol; estallaron en flor los olivares bajo el amparo de la primavera. Viví vuestras costumbres más bellas: los mercados, la fiesta de San Antón y los *melenchones*<sup>8</sup> junto a las hogueras...

Pero ninguna como la Romería de la Virgen de Guadalupe. De buena madrugada salieron los romeros en busca de la adorada, que reposaba en su santuario; y con fervor fue recibida por todo el pueblo. Y entre tanta devoción estabas tú, que marchabas junto a la Virgen en procesión. Quizás el manto que cubría tu cabello no era de oro y joyas, ni portaras niño en brazos, pero tu rostro era el de la santa, límpido y sereno, sin mácula. Parecíais la misma. ¿Cómo podía ser que nadie excepto yo lo viera? Para mí, que por contrariar a mi padre jamás había creído en ningún dios, fue como vivir un sueño, como descubrir divinidad verdadera en un mundo imperfecto.

Pues así como todos adoraban a la Virgen, yo te adoré a ti.

Tanto era mi gusto entre aquella familia que no quise marcharme. ¡Allí estaba todo lo que deseaba! La calma de los paseos por los caminos; paisajes y sentimientos que transportar al lienzo; buenos corazones, que me apreciaban como a uno de los suyos; y una muchacha por la que suspiraba cada mañana al abrir mis ojos, y cada noche antes de rendirme al sueño.

Tú y yo compartimos multitud de guiños: una mirada, un «buen despertar le dé la Virgen», un plato de gachas migas más lleno que el del resto de comensales, un roce al cruzarnos en las escaleras... Una tarde te encontré observando con luceros curiosos uno de mis libros. «¡Qué *bonico* debe ser dibujar palabras y entenderlas! A mí me encantaría saber leer como las muchachas de la capital», dijiste. «Aquí en el pueblo el hambre apremia más que las ganas de aprender». Emocionado por tus sinceras ansias de conocimiento, te tomé la mano con dulzura y prometí que yo te enseñaría.

Mientras tanto, los lienzos llegaron a amontonarse en mi menuda habitación. Tu tierra de olivares fue el fondo de casi todos ellos, pero por mucho que me esforzaba no lograba que tú, mi personaje principal, surgieras de los pinceles tal y como yo te veía. Y no era porque no conociera cada línea de tu rostro, pues te había memorizado en el

---

<sup>8</sup> Baile típico en el que se baila en corros que rodean a una pareja.



mismo momento en que te conocí. Ni siquiera cuando posaste para mí me llegó la inspiración. Cada trazo confirmaba mi incapacidad de recrear tu primor, como si tú fueras un hada esquivada huyendo del pobre ingenuo que desea atraparte para sí.

En ciertas fechas ayudé en las tareas del campo, a pesar de la oposición de Antonio, al que sólo pude convencer con el argumento de que deseaba experimentar vuestras tradiciones. Realmente fue toda una experiencia participar en la recogida de las aceitunas. El manijero<sup>9</sup> me puso de cogedor, a recolectar las olivas caídas en el suelo; también hice de canastero, recogiendo el fruto conseguido en el *avareo*<sup>10</sup> y llevándolo a la criba para apartar la hojarasca. Trabajabais a destajo, pero con alegría, haciendo de aquella tarea penosa un momento de jolgorio. «La aceituna en el olivo, si no la cogen se pasa. Y eso ha de pasarte a ti, morena, si no te casas», cantaban los aceituneros, y muchos te miraban de reojo, para rabiarse. Pero tú no los atendías; les ofrecías agua sin mirarlos a los ojos, pero al llegar a mí alzabas tu rostro de flor antes de tenderme el alivio a mi sed; cuando parábamos a mediodía para comer, mi trozo de pan era el más grande, y la ración de bacalao la más generosa; y, por la noche, cuando llegaba baldado a mi habitación, tú siempre subías para tenderme un caldo.

Tan triste era vuestra situación económica que me empeñé en aliviarla con los dineros que, de tanto en tanto, me llegaban desde Barcelona, remitidos por un padre que creía que para tener el aprecio de un hijo bastaba con mantener su bolsillo lleno. Gracias a la influencia de mi apellido, y a los succulentos sobornos, pude además salvar las limitaciones del racionamiento: conseguí harina, carne y leche, productos muy escasos que pocos podían permitirse, y sólo gracias al estraperlo. Después de muchos reniegos, tu progenitor cedió al fin a mi ayuda; con ojos llorosos, embargado por la emoción, me dijo que ya le era tanpreciado como un hijo. Para entonces ya todos en el pueblo me tenían por un señorito rico que, por capricho, se codeaba con los más pobres.

Volvió el verano. ¡Agradado calor, que no por tórrido era despreciable! ¡Bienvenido porque me permitía la visión de tu piel inocentemente sensual! Incluso las mañanas eran demasiado calurosas para pasear, con los *abejarrucos* ya estorbando. Así que tomé la costumbre de hacerlo a última hora de la tarde, antes de la cena, cuando el vientecillo hacía el paseo más agradable.

Y en un día cualquiera, que pronto dejaría de serlo, inicié mi caminata habitual. Apenas había dejado atrás el pueblo cuando escuché un grito reclamándome. Me alcanzaste, me tomaste del brazo y me dijiste: «¿Puedo acompañarle?». ¿Cómo negarte tal deseo, si también era el mío?

Paseamos hasta llegar a un prado, donde una vez más traté de pintarte. Ya había aceptado que era imposible atrapar tanta hermosura entre las cuatro esquinas de un simple lienzo, así que simplemente olvidé el vano intento de imitar tus formas perfectas y me abandoné a las emociones. El color... el color podía hacerte justicia: el rojo de tu pasión, el blanco de tu pureza, el avellana claro de tu piel... Allí, en aquella tela, te convertiste en una forma abstracta, la expresión idílica del sentimiento que inflamaba mi pecho. Pero ni siquiera así pude expresar por completo el poder con el que mi corazón latía al tenerte cerca.

---

<sup>9</sup> El encargado de encomendar las tareas durante la recogida.

<sup>10</sup> Sistema tradicional de recogida de la aceituna, consistente en golpear las ramas con una vara para hacer caer las olivas en los mantos de recogida.

Y la noche se acercaba, pero ni tú ni yo deseábamos volver y perder aquella intimidad. De pronto me miraste, seria y ruborizada. ¿Qué vi en tus ojos, que venció mi temor a que tus padres te echaran en falta? Tomaste mi mano con dulzura y tiraste de mí. No pregunté, por miedo a romper la magia. Marchamos por un pequeño sendero hasta llegar a una cañada, y en ella una fuente con un estanque poco profundo. En la roca alguien había adosado una baldosa decorada con una imagen de la Virgen de Guadalupe. Había flores alrededor de la menuda laguna.

—Esta es la Fuente de la Virgen de Guadalupe —me dijiste—. Dicen que en los tiempos del abuelo de mi abuelo, aquí se apareció la Santa Madre.

Tus palabras eran tan dulces, y el parpadeo de tus ojos tan coqueto, que hubiese creído cualquier cosa que me contaras. Pero en verdad parecía aquel un lugar santo, antiguo y cargado de ese algo que no podía explicarse, pues nacía en el espíritu. O tal vez era tu presencia, tan santa como la de la propia Santa, que bendecía cada lugar que pisabas.

Lenta, con gestos pausados, y siempre mirándome a los ojos, desanudaste tu blusa y la apartaste de ti. No acerté a reaccionar, me quedé embelesado mientras tú terminabas de desvestirte. Cuando la falda cayó sobre la hierba, tu desnudez fue completa a mi vista. Tu único vestido era la medallita de la Virgen que siempre te acompañaba, símbolo de tu devoción. La belleza que surgía de ti te convertía en estrella. La Luna llena había asomado. Te bañaba de pies a cabeza. Luna embrujada, ante la cual incluso el poderoso Sol se rendía, como yo lo hacía ante ti. Firmamento estrellado sobre dulces montañas jienenses. Tu piel, cobriza de día, era plata blanquecina. Suaves redondeces, como frutas dispuestas a madurar.

La locura amenazó con apoderarse de mí. Pero luego de un primer momento petrificado me cubrí los ojos con las manos. ¡Qué indigno contemplar una belleza tan santa con mirada anhelante! ¡Por nada del mundo estropearía tu pureza con carnal deseo!

Pero tú ya habías decidido. Tomaste mis manos con las tuyas, irresistible tu ternura, y las apartaste de mi rostro avergonzado.

—No pasa nada, puedes contemplarme —me dijiste con tu brujo acento; era la primera vez que me tuteabas—. Desde que llegaste eres todo para mí. Tu corazón, aunque tímido, me ha enamorado, y por eso te entregaré mi honra de muchacha. Pero lo haré con la Virgen como testigo de que me tomarás como esposa, y de que jamás entregarás tus mieles a otra mujer.

Fácil fue hacer tal promesa. ¿Entregar mi cariño a otra? ¡Jamás, si la criatura más bella del mundo me amaba!

—Gozoso hago tal juramento, verano mío, pues sin ti mi vida no sería ya más que desventura —te recité con el alma, arrancándote sonrisa y beso cálido para mi mejilla afortunada.

Me desnudaste con calma, como si de un ritual se tratase, para luego vestirme con tu propio cuerpo. Entramos en el estanque. A pesar del frescor del agua bendita, nos rendimos al sincero fuego interior que viajaba desde tu corazón al mío. Besé tus labios, que aunque inexpertos eran leales. ¡Me amabas, tanto como yo a ti! ¡No podía comprenderlo, era inconcebible! Suspiré y lloré como acompañamiento a tus propias lágrimas. Tomé tus pechos menudos, que eran ascuas entre mis manos de hielo, y permití a mis dedos que los recorrieran; luego los acaricié con mis labios, pintándolos con el pincel de mi lengua.

Pero había más néctar en ti, y gustosa me lo ofreciste. Nos recostamos en el estanque, permitiendo que las aguas titilantes envolvieran nuestro deseo. Al abrir las piernas me invitaste a que te convirtiera en mujer. Tus ojos eran de anhelo, pero

también de miedo. Rocé tu cabello y besé tus labios con ternura. «Tranquila, niña mía, seré cuidadoso», te dije.

Pacífico me deslicé en tu interior. El primer grito de dolor dio paso al goce y al cariño eterno. Me enterré en tu sagrada perfección con suaves movimientos, y entonces una sensación inenarrable se apoderó de mí: estaba alcanzando un nuevo mundo, de normal vedado a las almas mortales. Me acercabas a Dios a través del éxtasis, tú que eras rostro de la Virgen. Y no había blasfemia en ello. ¿Acaso no promueve Nuestro Señor el Amor Absoluto? ¡Pobres de alma aquellos que aseguran que el cuerpo es fuente de pecado!

Poco a poco, nuestra mezcla se volvió ansiosa e imperiosa, como las llamas alimentadas con leña seca; el calmado vaivén de gemidos se convirtió en escandaloso canto gutural de dedicación absoluta, en placer más allá de versos y sinfonías terrenales. Tu pecho subía y bajaba como las mareas del océano. Paraíso de carne y espíritu en movimiento. Estallido de amor, semen inundando tu tembloroso vientre. Fuente de vida. Abandono y olvido de toda realidad, excepto la existencia del alma afín. Conciencia primordial. Corazones fundidos y promesa consumada.

Y la Virgen atestiguando.

Cuando tus padres supieron de nuestro juramento de amor, no pudieron esconder la preocupación que debiera ser deleite. Sabían bien del capricho del hijo del Alcalde por ti, y temían represalias por lo que ambos considerarían hurto de lo que les pertenecía.

—¿Es que acaso, padre mío, prefieres que me convierta en la yegua de montar de ese *egollante*<sup>11</sup>? —le recriminaste—. ¡Antes me quito la vida que entregársela a quien no me ama!

—No seas injusta conmigo, mi querida flor. Mucha es mi alegría de que te hayas *ennoviado*<sup>12</sup> con quien te quiere tanto y bien. Pero Mariano, tan orgulloso, no aceptará que su hijo pierda el antojo por el que está *emborricao*<sup>13</sup>. Si nos coge mal querer nos denunciará —me miró entonces—; a *usté* y a mí nos meterían entre rejas, o algo peor, y a saber qué sería de vosotras. Lo temo más que a una vara verde.

—De eso nadie debe preocuparse en esta casa —intervine—. No permitiré mal alguno para la que pronto será mi familia. Aunque siempre he renegado de mi progenitor, de él al menos sacaré algo bueno: su apellido, mucho más poderoso que el del alcalde, lo pondrá en su sitio.

Y así quedó saldado el asunto. Convencido de la seguridad de los suyos, Antonio se alegró como había deseado. Al día siguiente se aireó la noticia: Azucena, la más linda muchacha del pueblo, la que todo mozo había deseado, sería la esposa de Juanito el Pintor.

Mariano el Alcalde no tardó en mostrar su rostro mezquino. Sin vergüenza entró en la casa, con la mirada proclamando una superioridad sórdida que todos aceptaban por miedo. La papada le temblaba mientras proclamaba a viva voz que su hijo, por linaje, tenía más derecho a tu amor que ningún otro.

—Acaso eso debe decidirlo ella —repuse—. Y ya lo ha hecho.

—¡Escucharlo de sus labios quiero!

Te adelantaste para satisfacer al menos ese deseo.

---

<sup>11</sup> Engreído, necio.

<sup>12</sup> Comprometerse para casarse.

<sup>13</sup> Obcecado, empecinado y, en ocasiones, enamorado.

—Ya *m'entregao* a Juanito, con la Virgen como aprobadora. Quien interceda en su voluntad se ganará gran pena para el resto de sus días —sentenciaste, tras besar la medallita de la santa.

Rojo de furia, el alcalde lanzó muchos reniegos. Indignado por tal falta de respeto, decidí tajar la situación.

—Ya basta. Si la mención de la Virgen no es suficiente, habrá otra más mundana que sí atenderá. Usted siempre está alardeando de sus buenos tratos con el Gobierno, pero la única verdad es que apenas es amigo de un par de capitanes de medio pelo. Mi padre, sin embargo, conoce personalmente al Generalísimo. ¿Quiere que le envíe una carta, a ver por quién se inclina el Caudillo?

Mariano dibujó en su rostro una mueca de enojo, pero no se atrevió a lanzar una nueva réplica.

—Me casaré con esta mujer, pese a quien pese. Recuerde, una amenaza más y me aseguraré de que este pueblo tenga un nuevo alcalde. Ahora márchese de aquí y déjenos disfrutar de nuestra felicidad —concluí.

Se fue murmurando para sí. Sin embargo, antes de perderse de vista, sus ojos despiadados me entregaron un odio como jamás había visto antes.

La boda se celebraría dos semanas después. Sería el acontecimiento más importante en mucho tiempo, pues no sólo un forastero se llevaba a la más agraciada de sus muchachas, sino que alguien, al fin, había plantado cara al alcalde que nadie quería, pero que todos soportaban. Mientras tanto, madre e hija bordabais las mantelerías de la dote, preparándolas para las miradas de las vecinas del pueblo. Yo compré la casa de la viuda Hermenegilda, que recién había muerto, y de la que sus hijos deseaban desprenderse para marchar a la capital. La adecué para que fuera nuestro hogar: sería humilde como el de tus padres, ajeno a la exuberancia de mi Barcelona natal. Aunque siempre me sentiría catalán, mi corazón, que era el tuyo, respiraba aroma sureño.

Salí a pasear la víspera de la celebración para atenuar mis nervios. Caminaba observando los arbustos y los árboles, los montículos y el cielo estrellado; me preguntaba si todo cambiaría una vez me hubiera convertido en tu esposo. De pronto, escuché pasos a mis espaldas. ¿Me habías seguido también aquella noche? No, no podías ser tú; era la velada en que debías guardarte de tu futuro marido. ¿Quién entonces? ¿Debía temer un ataque del alcalde o de su hijo? Llegaría a desearlo.

Valentina, la esposa del alcalde, se dejó ver al fin. No había luna aquella noche, pero el fulgor de la lamparilla que portaba iluminaba su rostro empolvado de blanco y el carmín de sus labios. Portaba el moño recogido de modo elegante, como correspondía a una mujer madura, casada y de buena familia. Valentina aún tenía una apariencia sugerente. Según supe, había parido a Eduardo con apenas dieciséis años, poco antes de que unas paperas se llevaran la fertilidad de Mariano.

—Se preguntará por qué le he seguido, señor Juanito —me dijo, tras acercarse a mí tanto que pude oler su perfume—. O tal vez debería llamarle Joan. Es un nombre bonito del cual no debería avergonzarse.

—Diga usted lo que ha venido a proclamar, señora mía, antes de que alguien nos vea y piense lo que no es —la apremié, hastiado por su atrevimiento.

—Tan sólo deseaba disculparme por el arrebató de mi marido.

—Si se mantiene alejado de la familia de Azucena, no habrá nada que disculpar.

—Comprenda usted sus motivos —susurró, mientras de modo disimulado abría un poco el escote de su blusa—. Un padre haría cualquier cosa por complacer a su hijo. También una madre.

Me tomó por los antebrazos y, sin darme tiempo a reaccionar, se arrodilló frente a mí. Con gran presteza liberó mis pantalones y sacó mi miembro viril. Comenzó a masajearlo con brío, imponiéndose a mi débil resistencia con más facilidad de la que hubiera deseado. Perdí la razón, caí rendido como un pelele sin voluntad. Lo que mi mente, corazón y alma no deseaban, mi cuerpo no supo rechazarlo. La tomé en un arrebató de húmeda veleidad. En cuanto quedé vacío de lujuria, el remordimiento me hirió como un puñal candente.

—No se lo reproche, Joan —dijo ella, con falso tono inocente—. Es usted un hombre, es normal que ceda a sus impulsos. Pero ya le digo que si desiste en su matrimonio, le haré gozar placeres que esa niña ni siquiera sabe que existen.

Loco de rabia, la agarré de los hombros con violencia. Alcé la mano para entregarle la bofetada que bien se merecía, pero en el último momento recapacité. La culpa, la verdadera culpa, era mía. Había traicionado el juramento que te hice.

Huí de allí. Como un loco corrí entre los brezales, gritando de dolor y con las lágrimas arrasando mis mejillas. Al llegar junto al río, me adentré en él con la esperanza de que la corriente limpiara mi falta. Pero aunque me froté hasta hacerme sangre, todo fue en vano. Había rebajado tu amor por un pedazo de simple carne terrenal, que ni ansiaba ni necesitaba.

La mancha estaba en mi espíritu.

El día de mi boda, que tendría que haber sido feliz, me alcé de la cama con la conciencia cargada de culpa y los ojos ensombrecidos de angustia.

—¡Ay, qué malita cara trae *usted*! —me dijo tu padre, mientras me ayudaba con el traje—. ¡Los nervios le han *impedido* dar cabezada! Yo estaba igual cuando me casé con mi santa Milagros.

Cobarde, traidor a su confianza, callé y otorgué.

La costumbre marcaba que debía ir a buscarte a tu casa, y desde allí llevarte a la iglesia. Pero como habíamos vivido bajo el mismo techo, bastó con descender de mi habitación hasta el salón, donde tu madre y tú, junto con varios familiares, esperabais al novio. Al contemplarte olvidé por un momento mi pecado. Estabas tan bella que arrancaste de mí un sonoro suspiro, que te hizo enrojecer. Tu vestido era sencillo, pues había sido heredado de tu madre, que a su vez lo tomó de la suya; la mantilla, blanca, cubría la peineta y enmarcaba tu rostro de alelí. ¡Qué gozo contemplarte! Allí mismo me juré que, aunque me llevara mi orgullo y mi vida, recuperaría la dignidad que te merecías. Jamás volvería a caer en la tentación, así me ofrecieran todas las delicias del mundo.

Partimos a la iglesia entre los cantos de los acompañantes, las melodías alegres de los tocaores y los niños exaltados que corrían delante de la procesión; las mujeres casadas portaban mantones, y las adolescentes flores en el pelo. Era hermoso advertir que casi todo el pueblo se había volcado en nuestro día, como si aquella fuera una familia rica e importante. En agradecimiento, tras la ceremonia y el riguroso «¡Viva el Generalísimo!», se llevaría a cabo la *convida*<sup>14</sup>, que sin reparo pagué con el dinero de mi padre. Ya veríamos cuando se enterara de que me había desposado con una muchacha pobre, aunque poco me importaba su reacción.

El jolgorio se convirtió en silencio respetuoso al entrar en la iglesia. Tus padres, uno a cada lado, nos presentaron ante el sacerdote. Pero, al levantar la vista y contemplar la figura serena de la Virgen de Guadalupe, la vergüenza volvió a mí. Sentí un miedo atroz, un pánico angustioso desmembrando mi estómago. Fue como si el

---

<sup>14</sup> Convite.

mundo se convirtiera en nada durante un latido. Sólo existía yo, y frente a mí la destellante figura inmaculada de la Virgen, tan parecida a ti que erais la misma.

La Virgen, que lloraba por mi traición.

—¿Qué ocurre, amor de mi alma? —me preguntaste, al advertir mi ahogo.

Te miré, con los ojos rebosantes de lágrimas. ¡Tan pura! Y yo había manchado tu inocencia y lealtad. Mis labios se abrieron. Te lo contaría todo, así podrías decidir. No podía permitir que te casaras engañada.

Tardío fue mi arrepentimiento. Las puertas de la iglesia se abrieron de nuevo, esta vez de forma abrupta. Volvimos la cabeza para encontrarnos con uno de los pocos vecinos que no habían sido invitados. Mariano, el alcalde. Y portaba algo en sus manos.

Una escopeta.

—Ningún *murriaco*<sup>15</sup> está por encima de mis deseos.

Todo pasó demasiado rápido. ¡Cuánto he deseado que ese día se repitiera, para actuar de otro modo! El arma asesina escupió venganza. La explosión reverberó, convirtiéndose en odioso eco. Parpadeé, pero no sentí nada. Palpé mi pecho. Estaba seco. Aún así, me habían herido de muerte el corazón.

Tu mano se desprendió de la mía. Bajé el rostro, estabas en el suelo y tus ojos, casi vacíos de vida, me contemplaban. ¡No, Virgen! ¡Eso no! ¡Demasiado castigo me encomiendas!

Gritos, aullidos y llantos. La locura se apoderó de los presentes. Caos irracional. Tu padre se arañó la cara hasta hacerse sangre; tu madre rompió su mudez para arrancarle a su alma un bramido inhumano, el dolor hecho voz. Y yo... simplemente observaba sin reaccionar, vacante de emoción alguna, incapaz de asumir la realidad que la Virgen había reservado a mi traición. No podía aceptar aquel agujero ensangrentado en tu pecho por el que perdías la vida. No quise abrazar la idea de que te me ibas cuando apenas había comenzado a amarte, que te morías por mis pecados. No, no eras tú, era otra Azucena. Tú estabas a mi lado, tomándome la mano, a punto de casarte conmigo.

Pero nadie puede escapar de lo inevitable. Una fría garra se introdujo en mi alma, haciéndome saborear la fatalidad sin límites y arrebatándome cualquier atisbo de humanidad.

Escopeta en mano, odio en el corazón, fui a buscar a tu asesino. En el pueblo velaban el cuerpo inerte en el que tú ya no estabas, pero para mí sólo existía el camino de la venganza. «Al monte», me dijeron que había marchado el canalla. Nadie se me opuso; mi rostro, demacrado por los surcos de lágrimas, los asustaba tanto que se apartaban a mi paso con premura. Y hacían bien. No habría dudado en matar a cualquiera que se pusiera por delante.

La ira me había poseído. Ira hacia mí mismo por la traición, por no haber sido capaz de protegerla. Ira hacia esa Virgen que me había castigado del modo más injusto. ¿Cómo arrebatarme al mundo su flor más bella e inocente? ¡Yo debía haber pagado! ¡Yo y sólo yo, que había cometido el pecado!

Los encontré en un calvero, escondidos como ratas entre los olivos. Padre e hijo. Pero no me enfrenté a cara descubierta con ellos. Nada me importaba el orgullo o la nobleza de un combate honorable. Los embosqué por la espalda: mi pólvora destrozó la pierna derecha del alcalde, y mientras éste aullaba golpeé el rostro de su hijo con la culata de la escopeta. Y entonces, tras cargarla de nuevo, mi arma señaló a Mariano como el implacable rayo de Zeus.

---

<sup>15</sup> Hombre insignificante.

—¡Perro catalán! —gimió, mientras trataba de contener con las manos el carmesí de su herida.

Dicté sentencia primero con palabras.

—Tú me arrebataste lo que más quería. Justo es que ahora haga yo lo mismo.

—¡No lo mates! —demandó Eduardo, que lloraba, perdido su habitual engreimiento.

Una sonrisa tétrica, casi endemoniada, se dibujó en mi rostro.

—¿Y quién ha dicho que voy a matarle? —le dije a Eduardo, antes de volver el arma hacia él y volarle la cabeza.

Mariano, con los ojos desorbitados y la boca abierta como el volcán que estalla, recibió la mayor parte de la sangre. Su berrido fue un entrecortado borboteo de gemidos agónicos.

—Pronto le seguirás. Pero lo harás sabiendo que nada de tu estirpe quedará en este mundo. Tu esposa se unirá a vosotros en breve, ya me encargaré de ello.

Y me fui. Lo dejé allí, tirado y desangrándose sin remedio, mientras la vida se le iba tan despacio que tuvo tiempo de llorar y sufrir en su totalidad mi salvaje venganza.

La mañana siguiente, a la hora en que las campanas tocaban a muertos por ti, Valentina, la esposa del alcalde, apareció muerta en su habitación. La habían estrangulado las mismas manos que una noche antes habían surcado sus curvas de mujer.

La pluma resbala entre mis dedos. El alcohol, al fin, pasa factura. La cabeza me palpita, los párpados desean descansar. Me recuesto sobre la mesa, con mis últimas lágrimas empapando las hojas. «Perdóname, Azucena mía, pues mío es el pecado pero tuya la penitencia», digo con los últimos restos de mi voz. «Y perdóname, Virgen de Guadalupe, por mi traición, por cargar en ti las culpas que eran mías. Al fin lo entiendo».

Sujeto la escopeta con los pies, apoyando la culata en el suelo, dirigiendo su letal dedo hueco hacia mi rostro. Acaricio el gatillo, cierro los ojos...

Y entonces la veo. No sé si estoy despierto o sueño, si sigo vivo o si ya he disparado. No importa. Ella está aquí, y tú con ella, siendo ella. Has vuelto. Virgen y mujer; dos rostros en uno. Santa y muchacha. Pureza y deseo. Me acaricias y sonrías. Tomas mis manos heladas, me acercas a ti. «La Virgen santa cuida de mí», me dices. «Mantén tu llama encendida, pues un día querré regresar a tu corazón y necesitaré encontrar el camino de vuelta. Mientras tanto, vive y aprende de tus errores».

Despierto, bañado por el sol mañanero del sur. Un nuevo día. Ya no hay lágrimas, sólo recuerdo y amor. El desdibujado camino se vuelve nítido de nuevo. Los colores recuperan su intensidad.

Hoy he vuelto a oír tu voz.